

NECROLOGIA

EL DOCTOR GABRIEL M. MALDA (IN MEMORIAM*)

NO ES POCA LA satisfacción que he sentido al recordar a mi querido amigo el Dr. Gabriel M. Malda y para la cual, creo que ha contribuido a formarla mi excelente amigo el señor doctor Bustamante, Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Voy a transportar a ustedes al siglo pasado, pues en los cinco últimos años del mismo hicimos la carrera de médico-cirujano tanto Gabriel como yo, es decir, que estudiamos 1er. año de medicina en el año de 1895 y el último en 1899. Por lo tanto, quedamos listos para sustentar nuestro examen profesional en el año de 1900.

Pronto conocí a Gabriel. En ese año de 1895 hice amistad con él y a la vez con Francisco Mimiaga; así pues, nos convertimos en inseparables los tres amigos, y al año siguiente ingresamos a título de practicantes con el grado de soldados alumnos en el Hospital Militar de Instrucción. El padre de Malda, que fue un gran caballero, era amigo íntimo de don Fernando López que, con el grado de coronel, desempeñaba el cargo de director del mismo Hospital. Por esta misma circunstancia, Gabriel no debía ascender a teniente-aspirante cuando llegara su turno, en vista de que su padre deseaba que se formara en aquel establecimiento; pero no que sirviera en el ejército con el grado de Mayor Médico-Cirujano y así sucedió, precisamente. Por mi parte no disfrutaba de aquella ventaja, y mi tío Juan B. Vega, me consiguió, teniendo en cuenta su amistad con el Dr. López, que yo ingresara con un año de anticipación y ascendiera a teniente-aspirante a principios del año de 1898, y al terminar mi carrera que ascendiera a Mayor Médico-Cirujano, destinándome a Sonora el general Epifanio Cacho, que entonces ocupaba el puesto de Jefe del Cuerpo Médico Militar, lo cual era una franquicia para mí, pues todos los médicos militares comenzaban su carrera, ya fuera en Yucatán o en lo que hoy es Territorio de Quintana Roo, y que sufrían, necesariamente, de paludismo, lo que no sucedía con los que íbamos destinados a Sonora.

* Nota leída en la sesión ordinaria del 13 de marzo de 1963 con motivo de la colocación del retrato del doctor Gabriel M. Malda en la Galería de Presidentes de la Academia Nacional de Medicina.

Cuando estudiamos 2º año de Medicina, iniciamos la labor de prosectores en el anfiteatro del antiguo Hospital Militar, situado en lo que se llamó calle de Las Arrecogidas, ubicado sobre un costado del Hospital Juárez; dicho anfiteatro, ocupaba el sitio que correspondió a la capilla de la Casa de las Arrecogidas. Recuerdo que el anfiteatro mencionado estaba al cuidado de Perico Arrieta que, por cierto, tenía la costumbre de que, cada vez que se embriagaba, se acostaba en alguna plancha vacía, y para hacer más ostensible su macabra costumbre, se cubría totalmente con una sábana de las que se destinaban a cubrir los cadáveres, no importándole que ya estuvieran manchadas con la sangre de los mismos. Perico Arrieta, al que yo quise y profesé verdadero afecto, era hombre bueno y amable y mucho nos ayudó con sus rápidos servicios en nuestra labor de estudiantes de 3er. año de Medicina; al año siguiente debíamos estudiar en 4º la asignatura de "operaciones en el cadáver". Recuerdo que Gabriel, más tarde cirujano de nota, hizo en una ocasión la operación de Lisfranc, con un colgajo tan largo que daba vueltas al pie en el lugar de la sección, lo que provocó cálidas risas a Pancho Mimiaga y a mí, sin causar enojo en Gabriel.

Ya mencioné al padre de Malda; pero iba omitiendo nombrar a su excelente madre, que fue una virtuosísima mujer, y a sus hermanos; Luis, que fue abogado y tenía ciertos rasgos de aristócrata, así como a Ernesto, su hermano menor, que hizo la carrera de ingeniero, hombre valiente y franco que tuvo por mí un cariño muy particular; para ellos hay devoción en mi recuerdo.

Cuando estudiábamos 5º año de Medicina, Gabriel conoció a la que había de ser su primera esposa: Virginia Macías, que fue hermana del aristocrático y muy distinguido cirujano don Ramón Macías. Virginia, tenía entonces gran amistad con la única hermana de mis primos Manuel Ocaranza, que fue Prefecto de la Escuela Nacional Preparatoria, Rosendo, que fue Comisario de Entradas del Hospital Militar de Instrucción y el guapísimo Alberto, abuelo del hoy especialista del aparato digestivo Dr. Jorge Ocaranza.

Gabriel Malda, había sido practicante de la Sala de don Joaquín Rivero y Heras; pero cuando estudiábamos 5º año, me tocó sucederlo y él pasó a la Clínica de don Fernando López. En ese lugar, permanecí hasta después de que me examiné de las materias correspondientes al 5º año. Los dos quedamos, por lo mismo, en la situación de pasantes; él abandonó el Hospital y se preparó para sustentar el examen profesional y yo pasé como practicante encargado del Lazareto de Churubusco, en donde se atendían enfermos infecto-contagiosos; ahí continué hasta abril de 1900, mes en el cual sustenté mi examen profesional.

Ocho días más tarde me enviaron a Sonora y dejé de ver a Gabriel durante los tres años que duró mi estancia por las tierras del Yaqui. A mi regreso, ya encontré a Gabriel en pleno ejercicio profesional, en el cual tenía completo éxito; volvimos a frecuentarnos y a reanudar nuestra antigua y apretada amistad; entonces él me llamaba Fernandito, agregando a sus acciones plena cama-

radería, por más que nos veíamos con menos frecuencia que cuando fuimos estudiantes.

Llegamos a la época de la presidencia del general Obregón, y Gabriel fue llamado a ocupar el cargo de Jefe del Departamento de Salubridad, que tenía sus oficinas en el edificio que todo el mundo llamaba ex-Aduana de Santo Domingo; yo ocupaba el cargo de Secretario de la Escuela Nacional de Medicina y un día llegó inesperadamente a mi oficina y me dijo estas palabras: "Fernandito, acabo de proponerte para que ocupes el cargo de Vocal del Consejo Superior de Salubridad". Yo acepté de inmediato la proposición del Dr. Malda y renuncié a mi cargo de Secretario de la Facultad de Medicina, en una época en que ya no dirigía la Escuela el Dr. Amor, que me había llamado a ocupar el cargo de Secretario, y dirigía la Facultad el Dr. Guillermo Parra.

Entre las demás personas que ocupaban cargos de vocales en el Consejo Superior de Salubridad, recuerdo a las siguientes: doctor Germán Díaz Lombardo, doctor Jesús Monjaraz, el primer sinsombrerista que hubo en la ciudad de México y que lucía una abundante y heromsa cabellera negra y que una vez me dijo: "doctor, si yo me enfermo de tifo, no vaya Ud. a tener la ocurrencia de mandar cortar mi cabellera" y serenamente le contesté lo siguiente: "pues tendré la pena de sacrificar tan hermoso pelambre"; el profesor Miguel Cordero; fungía como Secretario del Consejo mi muy estimado amigo don Alfonso Pruneda. Pocos días más tarde dejé de tener tan sólo a mi cargo la campaña contra el tifo y se me asignaron las campañas contra la viruela y las demás enfermedades contagiosas. Ya olvidaba, que también perteneció a dicho Consejo el doctor Nicolás Ramírez de Arellano, quien desempeñó el cargo de Jefe de la Campaña contra la Viruela y se le asignaron otros mandatos dentro del mismo Consejo.

En aquellos días acababa de enunciarse la etiología del tifo, únicamente bajo el imperio de los piojos negros y blancos, o sean los de la cabellera y los de la ropa interior. Un día Gabriel me hizo llamar y me dijo lo siguiente: "acabas de ser nombrado relator del 2º Congreso Nacional del Tabardillo y ocuparás ese puesto junto con el doctor Terrés. Por supuesto que defenderás exclusivamente la etiología del piojo, pues tengo noticias de que el doctor Terrés, defenderá otros motivos etiológicos".

El Congreso se reunió en un salón que pertenece al Museo Nacional, en la antigua calle de la Moneda. Sucedieron las cosas tal como habían sido previstas: yo defendí, exclusivamente, la etiología del piojo, mencionando hechos observados en todo el mundo acerca de la misma etiología, mientras el doctor Terrés sostuvo otros puntos de vista enteramente contrarios a los que yo había sostenido. Lamenté y sigo lamentando tales ocurrencias, pues yo era uno de los que sostenían con mayor ardimiento la posición tan elevada que tenía el doctor Terrés entre los médicos mexicanos y, por ello mismo, lo estimaba y respetaba

como pocos médicos lo hicieron. En aquella ocasión que menciono, lo encontré a la salida del Congreso, un tanto entristecido, en compañía de Abraham Ayala González; pero ni él ni yo, volvimos a tratar del asunto.

En el tratamiento del tifo exantemático, se empleaba como inicial, el medicamento siguiente: aceite de ricino 50 gr. calomel al vapor 1 gr.; esto debe hacernos pensar en la etiología que se suponía para tal enfermedad.

Después de que terminó el gobierno del general Obregón, Gabriel volvió a instalarse en su consultorio y a dedicarse al tratamiento de sus enfermos.

* * *

No cabe duda que la vida de Gabriel y la mía se entrecruzaron constantemente y por eso le pido mil excusas por estos dos hechos principales: 1º, el no haberlo visitado en su última enfermedad, que pasó casi totalmente en la villa de Coyoacán; 2º no haberlo acompañado a su última morada.

Siento una tristeza infinita de contemplarlo inmóvil entre sus ocho lados de madera que constituyen su caja mortuoria y también, me horroriza ver a los más allegados arrojar paletadas de tierra que suenan sordamente sobre los despojos del que fue mi dilecto amigo.

México 13 de marzo de 1963.

DR. FERNANDO OCARANZA